

glo había trascurrido ya desde que un rey formó empeño en que lo mismo hablase el plebeyo que el noble, y en que la hermosa y gallardísima lengua castellana resplandeciera en todos sus incommensurables dominios, convidando á que los extranjeros la estudiasen, y en los despachos diplomáticos viniese á compartir un mismo laurel con la de Ciceron y Virgilio.

Vieron los señores el cielo abierto al tartamudear y gorgoritear la jerga que de Italia hubo de traer Carrillo, y que luego hizo suya, extendió y autorizó el gran don Luis de Góngora y Argote. Aquellos que desdeñaban entrar en colada con el vulgo; y eran vulgo aun más ciego y deslumbrado; los que por haber nacido ilustres, se imaginaban superiores á todos, sin poner nada de su parte; el que mirándose rico soñó que era algo, y exigió adoracion de los demas, y quiso que la vanidad le costase poco; y, en fin, el crítico hueco, el erudito de boato y el que se hincha y desvanece por docto en lo trivial é impertinente, fueron exaltados secuaces del bate cordobés, aclamándole *Príncipe y Homero de las poesías de España*. Dice el Eclesiástico que los sabios tienen la lengua en el corazón. El soberbio la tiene en su vanidad. (490)

Nada tan grato para los poco amigos del estudio y bien hallados con no fatigar su pronta

é independiente imaginacion meridional, como la receta de la culta-latiniparla. Vana, tenebrosa y escondida locucion, diluvio de palabras forasteras; dos docenas de vocablos exóticos de allende el mar, para uso continuo, y otros tantos de genialidad latina, diluidos en pueriles rumbos é hinchados giros de ambiciosa magnificencia; conceptos aguzados en el ocio; retruécanos, antitesis monótona y cansada, y afectadas y extravagantes figuras, más del caso, cuanto más se apartasen de la bella naturalidad,—éste era el secreto de aquel habla pausada y solemne, mitad oráculos délficos y mitad geroglíficos egipcianos. La gala de tan escabrosa germanía estaba ademas en poner el sustantivo dos leguas del adjetivo, y el nominativo á catorce renglones del verbo; llevando la oracion más intercalencias adverbiales que el pulso en una enfermedad mortal, á los fines. Por entónces se publicó esta carta, supongo que de burlas, pues fué mayor el desatino en las de vérás: «Los veinte que me pidió reales no tengo, si bien mi deseo con vuestra merced grande de servirle, los posibles pasa límites de gratifacerle.» (491)

Góngora no halla disculpa en el severo tribunal de la Historia: le cegó la soberbia; escribiendo admirablemente como los grandes ingenios de su siglo, quiso no hacer número con ellos,

sino ser solo. Erró con presuncion de saber, y fué su pecado como de demonio. Cerró los oidos á la docta y bien intencionada advertencia de que, en todas las lenguas del mundo, aquellos solos merecieron aclamacion universal, que dieron luz á lo oscuro y facilidad á lo dificultoso. Olvidó que oscurecer lo claro es borrar, y no escribir; y que quien habla lo que otros no entienden, confiesa primero que él no sabe lo que se habla. Séneca habíase ya burlado de ellos, nó queriendo que el tiempo se malgastase en el estudio y afeite de las palabras. San Gerónimo dijo, que «nada hay tan fácil como engañar la vil plebe y el discurso vacío, con la taravilla de la lengua; siendo propension de la gente baja é ignorante admirar y aplaudir todo aquello á que no encuentra sentido.» Veinte siglos hacia ya, en fin, que estaba condenado por Aristóteles el uso de voces extrañas y el abuso de las metáforas y figuras; diciendo que quien así escribe, solo consigue hacer enigmas y barbarismos. Augusto se burlaba del gongorismo Mecénas, dándole vaya con parodiar su estilo metafórico y rebuscado; y reprendió á Marco Antonio, como á hombre que escribia lo que admirasen los lectores, no lo que entendiesen; y no perdonó á Tiberio, amigo de voces peregrinas y arcaicas. (492)

El culteranismo peina canas de tanta antigüe-

dad como los tiempos históricos; está en el hombre, y es un disfraz para encubrir la soberbia ó la pobreza del ingenio. Ya Horacio observó que el astuto calamar enturbia con su negra tinta el agua para coger á los desalumbrados pecezuelos. Quien tal hace no va á derechas, cazador es, engañar quiere. Así, pues, desde los siglos más remotos hubo censores acres de quien usa plática enrevesada, que ni la entiende él ni los que la oyen.

Nada de esto se dejó de advertir á Góngora; y sin embargo, pudo mucho más su descamino y la ambicion de verse cabeza de secta, y arrastrar en pos de sí á la desatentada juventud y á la indolente nobleza, codiciosas de todo lo nuevo. Disgústase del comun y desenfadado lenguaje; manda que se realce y encrespe, y que siempre se arguya y discurra á lo escolástico y magistral. Muchos son los perdidos por querer ser más de lo que les conviene. Contener su sed de gloria le fué imposible. El aplauso le despeñó. No supo que los de Corinto representaron á Minerva con un freno en la mano.

Diez años ántes, en el de 1613, y en la academia de D. Francisco de Silva, comenzó á leer las *Soledades* y el *Polifemo*; y no hubo alabanza que no le prodigarán muchos señores y casi todos los poetas cordobeses. ¿Qué más? El cla-

ro, el diáfano, el peregrino Cervántes, ofuscado con la novedad de aquella sonora locucion, como los compañeros de Ulises oyendo los cánticos de las sirenas, la saluda y aplaude en su *Viaje del Parnaso*:

De llano no le deis, dadle de corte,
Estancias polifemas, al poeta
Que no os tuviere por su guía y norte.
Inimitable sois, y á la discreta
Gala que descubris en lo escondido,
Toda elegancia puede estar sujeta. (493)

Oposiéronseles inútilmente Pedro de Valencia, Francisco de Cascales, D. Juan de Jáuregui, Lope y Quevedo; y éste con el látigo de la burla primero, y despues con los mejores argumentos de crítica y de historia, y del más sólido y profundo saber. No habia esperanza ninguna de convencer y reducir á los cultos; viniendo á ser la razon buena, ántes ocasion de mayor pendencia, que defensa victoriosa. En dejarlos desfogar estaba el consejo mejor y la mayor venganza; pues quien sin fuerzas se atreve á desenvainar el acero, con cuanto más coraje le esgrima, tanto ménos tardará en dar el feroz batacazo. (494)

La oposicion enardeció á la aristocracia; y el hidrópico afan que siempre ha tenido el estado llano por remedar é igualarse á los señores, di-

fundieron y pusieron de moda el nuevo y soporifero estilo.

Conoció ALARCON ser absolutamente preciso describir en un cultísimo canto épico las fiestas del Principe de Gáles, y que solo á fuerza de tiempo y violentando su natural daria vado á la empresa. Frecuentaba por aquellos dias la Academia de Madrid, en la calle de Majadericos y casa de D. Francisco de Mendoza, secretario del Conde de Monterey, á que asistian muchos y célebres poetas, y gran concurso de damas, como era costumbre de aquel tiempo. En el círculo de los más secretos y leales amigos dijo el apuro en que se hallaba; y el Dr. Mira de Amescua, capellan del Infante Cardenal, parece ser quien le surgió el arbitrio de casi un centenar de octavas en el estilo de D. Luis de Góngora, metiendo buenos oficiales. DON JUAN debería coser los retazos y pasarles á todos su mano de barniz, que ni de perlas. Trájole á la memoria la comedia de las *Hazañas del Marqués de Cañete*, que ambos hilvanaron con otros siete camaradas en el año anterior, saliendo admirablemente del paso; le hizo presente que ningun sitio como aquel si habian de buscarse obreros; y en un santiamén se reunió para la fábrica del canto épico todo un apostolado, con su Cristo, y su Júdas. (495)

Cinco de los doce oficiales habian tomado parte en la referida produccion dramática; á saber, Mira de Amescua, D. Diego de Villégas, el capitán D. Fernando de Lodeña, Luis de Belmonte Bermúdez, y el ugier de S. M. Luis Vélez de Guevara, envidiable autor de la novela *El Diablo cojuelo*, rival de los *Sueños* del señor de Juan Abad, y á cuya pluma se deben las famosas comedias de *Reinar despues de morir*, y *La Niña de Gómez Arias*, refundida luego por D. Pedro Calderon de la Barca. Los siete colaboradores nuevos eran D. Diego Vélez de Guevara, cuyo apellido le declara tan pariente del gran poeta; Francisco Antonio de Francia, autor de la comedia *Firmeza, Amor y Venganza*; el insigne historiador de Cuenca Juan Pablo Mártir Rizo; un Manuel Ponce, á quien no conozco; D. Pedro de la Barreda, tan pequeño de cuerpo como vivo de ingenio, agudo, estudioso y hábil para disponer y trazar una fábula dramática, teólogo, predicador y humanista, y secretario del Obispo de Oviedo; Anastasio Pantaleon de Rivera, mozo de 23 abriles (protegido y encomiador del Duque de Cea y del Marqués de Velada), legista envuelto siempre en bayeta negra, y de musa no ménos anohecida y lóbrega, que se jactaba de decir:

Poeta soy gongorino;

Imitador valeroso

Del estilo que no entienden

En este siglo los tontos;

y tan poco dueño de sí, que murió de malos males ántes de cumplir treinta años. El último de los doce octavistas era el portugués Antonio López de Vega, hombre de curia, bienquisto, de propension filósofo, que en 1620 dió á luz su *Lírica poesía*, y en 1626 *El Perfecto Señor, sueño político, con otros discursos y las poesías últimas*; y ya preparaba su importante obra del *Heráclito y Demócrito de nuestro siglo*. (496)

Hizo ALARCON la traza y disposicion del canto épico; repartió la materia entre la docena de operarios, y salieron las octavas reales á cual más conceptuosa, oscura y enrevesada. Al sobrestante y maestro tocóle ensamblar las desunidas piezas, acoplándolas de la mejor manera posible, escribir y firmar la misiva para el Duque de Cea, y responder de todos los desaciertos. Imposible seria deslindar hoy, por el estilo, el contingente de cada cual de los ingenios; porque todos templaron tan chillona y alta lira, y de tal manera (huyendo siempre de la naturalidad para no caer en la llaneza) se encaramaron sobre las nubes, que dilatándose, desfigurándose y di-

sipándose, llegaron á confundirse é identificarse en la region de lo absurdo. (497)

El Principe de Gáles salió de Madrid á 9 de Setiembre, paró en el Escorial, y á 12 se despidió de la real familia en Valsin, abandonando para siempre nuestra patria. En la suya aguardábale un trono y un cadalso. (498)

CAPITULO V.

Llueven sátiras sobre Alarcon; ábresele proceso en la academia de D. Francisco de Mendoza.

Antes de partir el inglés, comenzó á venderse al pié de la torre de Santa Cruz, é impreso por la viuda de Alonso Martin, el malhadado poema. Comprende setenta y tres octavas reales, con su gongorina dedicatoria del caporal en ménos de cuatro renglones, que le costaron sudores de muerte. Héla aquí y juntamente el rótulo: «*Elogio descriptivo á las fiestas que su Majestad del Rey Filipo III hizo por su persona en Madrid á 21 de Agosto de 1625 años, á la celebracion de los conciertos entre el serenísimo Cárlos Estuardo, príncipe de Inglaterra, y la serenísima Maria de Austria, Infanta de Castilla.*—Al Duque Adelantado, etc.—Quien yerra obedeciendo, no desmerece